

La calle para el jueves 1º. de febrero de 2007
Diario de un espectador
Rossi premiado
por miguel ángel granados chapa

El que lleva el nombre de Xavier Villaurrutia no es el primer premio que Alejandro Rossi ha merecido. Antes fue distinguido con el que otorga la Universidad nacional a los mejores practicantes de sus funciones sustanciales, la investigación, la docencia y la extensión universitaria. Y también recibió el Premio nacional de lingüística y literatura en 1999. Cuando se lo entregaron, pronunció un discurso impregnado de agradecimiento a la Universidad que lo acogió en su adolescencia y sufría, a la sazón, uno de los episodios más tristes de su historia, una verdadera catástrofe como él la llamó.

Como hemos dicho, Rossi es italiano de nacimiento pero es un hombre de varios mundos. Su madre, caraqueña, lo llevó a Venezuela cuando era niño, y aunque vivió en ese país quizá menos tiempo que en su tierra natal y en la Argentina donde después recaló (y menos que en México) durante largo tiempo tuvo un pasaporte venezolano y el gobierno de ese país le otorgó, como a un nacional distinguido el premio Andrés Bello. En nuestro país, antes de que formalmente adquiriera la nacionalidad mexicana (trámite cumplido en 1994, que sólo formalizó una sustancia adquirida mucho tiempo atrás) recibió la condecoración del Águila Azteca, que se otorga a quienes muestran con su obra amor a México sin haber nacido en su territorio.

Rossi llegó a México en 1951, a los 19 años de edad, “sin conocer a nadie”. Se inscribió en la Facultad de filosofía y letras de la Universidad nacional, que todavía no estrenaba su casa espléndida en el Pedregal y utilizaba otras no menos magníficas en el centro capitalino, o en sus barrios cercanos, como la colonia Santa María, donde se alzaba el edificio de Mascarones, sede de clases magistrales como las que Rossi recibió de José Gaos, acaso el más ilustre de los trasterrados españoles. Desde que entró a la Unam Rossi la convirtió en ancla de su vida. Si bien salió a Friburgo, en pos de la enseñanza de Heidegger, y a Oxford, donde aprendió con Gilbert Ryle, no dudó en volver a México, donde ha ejercido una activa vida pública.

Sus tareas en la facultad donde se formó, y en el Instituto de investigaciones filosóficas fueron coronadas al cabo de largo tiempo con el emeritazgo en el campo de la investigación y el premio de difusión cultural. Como otros intelectuales de su talla y su talante, no rehuyó ciertas formas de servicio público, como su pertenencia a las juntas directivas del Colegio de México (donde también estudió, aprovechando una beca que directamente le concedió Alfonso Reyes) y el Fondo de cultura económica.

Cercano a Octavio Paz, que dijo que su obra es “fruto de la civilización”, Rossi contó entre el grupo convocado por el autor de *Águila* o sol para emprender la publicación de una revista de ideas y literatura que tuviera la difusión de un magazine de amenidades. Julio Scherer había llamado al poeta a encabezar ese proyecto, que se llamó *Plural*, en que colaboró Rossi todos los meses, de 1971 a 1976 en que apareció esa publicación bajo el signo de *Excelsior*. Continuaría al lado de Paz en la fundación de *Vuelta*, de cuya dirección se encargó interinamente en cierto momento. Con el resultado de ese ejercicio disciplinado se formó el Manual del distraído, como lo dice el propio Rossi:

“el lector encontrará aquí ensayos más o menos económicos y ensayos que se parecen más a una narración; y también descubrirá narraciones cuyo único afán es contar una pequeña historia. Tampoco están ausentes las reflexiones brevísimas, las confesiones rápidas y los recuerdos. Un libro, en todo caso, cuya unidad es más estilística que temática, un libro que huye de los rigores didácticos pero no de la crítica y que fervorosamente cree en los sustantivos, en los verbos y en los ritmos de las frases”.